Publicamos hoy el primer reportaje enviado desde Buenos Aires por el periodista argentino don Armando R. Puente.

BUENOS AIRES, 10.—Dos Chevrolets negros se hallan detenidos frente al antiguo local de la U. E. S., en la calle Suipacha. Dentro de ellos, unos hombres conversan; a pesar de sus ropas civiles, el rostro curtido por el sol, los gestos firmes y elegantes, dicen a las claras que deben de ser oficiales de la Armada.

El edificio es una austera mansión señorial, de las pocas que quedan en el centro de Buenos Aires. Hasta la revolución estuvo en manos de la Unión de Estudiantes Secundarios, la organización creada por Perón para atraerse a la juventud por el deporte y las dádivas.

Hoy sus puertas están herméticamente cerradas. Llamamos suavemente, y al segundo se entreabre una de ellas. Nos preguntan: "¿A quién busca?"

Damos un nombre; luego, otro. Son los de dos jefes del movimiento de resistencia civil. "No los conocemos", nos dicen.

Entonces mencionamos la consigna: "Saratoga."

Es una palabra mágica. La puerta se abre. "Pase."

Detrás de ella, un gran jardín. Dos jóvenes, con cazadoras de cuero, que pueden ser dos estudiantes. No tendrán más allá de veinte años.

"¿Lleva armas?", me preguntan. "Levante los brazos." Me cachean. "Cuidado, no me haga cosquillas."

Ya estoy dentro. El antiguo local de la U. E. S. es hoy la sede de uno de los comandos revolucionarios civiles. Muchos de estos muchachos de Suipacha combatieron en Córdoba, casa por casa, contra las fuerzas del Ejército enviadas por Perón para conquistar la ciudad sublevada, e hicieron realidad la orden del general Videla Balaguer de convertirla en un nuevo Alcázar de Toledo, como dijo en uno de sus mensajes radiados.

Cruzo el jardín y empiezo a subir las escalinatas del edificio. En la puerta, un hombre delgado, con la chaqueta deformada por la pistola que lleva a un costado, juega con el llavero.

"¿Adónde va?" De nuevo doy un nombre. "Por acá no viene", y después el del jefe máximo de la organización civil revolucionaria. "Lo conozco de oídas—me aclara—, pero tampoco está."

Es inútil insistir. No podré entrar más allá.

CELULAS QUE SE DISUELVEN

La larga cadena con las llaves gira alrededor de su índice. Daniel, así se dió a conocer cuando le dije mi apellido, me mira atentamente, con corrección, pero con frialdad.

"Nosotros somos del Grupo Tulio. Usted se debe haber confundido con los del Grupo Lavalle."

Yo ya sabía que me había confundido, pero la curiosidad periodística había podido más.

Estas células de civiles jugaron un papel importante en los días de la revolución. En Mendoza, en Córdoba, en Mar del Plata, en Bahía Blanca, en Curuzú Cuatiá, en Buenos Aires, pusieron en contacto a unos jefes militares con otros, llevaron mensajes, distribuyeron millones de hojas clandestinas, transportaron heridos, combatieron con el arma al brazo.

Cuando el Presidente provisional de la República, general Eduardo Lonardi, llegó a Buenos Aires, a ellos se les encomendó la protección. La Policía había sido hasta el último momento leal a Perón y la Infantería de Marina todavía no había desembarcado.

Ahora, las células van disolviéndose. Algunas, como ésta de la calle Suipacha, permanecen aún en sus cuarteles, pero están inactivas. Nada tienen que hacer en una ciudad que ha recobrado por completo el ritmo de sus días tranquilos y pacíficos.

Hombres con la cartera bajo el brazo caminan con el paso apresurado de esta ciudad nerviosa hacia sus "escritorios" y negocios. En la calle Lavalle se encienden los anuncios multicolores de los cines y las parejas van estrechamente cogidas del brazo, quién sabe si con el pretexto de eludir así el frío primaveral del anochecer.

Sensacionalismo

Desde hace tres días, las cartas enviadas por el ex presidente refugiado en la cañonera a una joven de dieciséis años han sacudido violentamente a la ciudad y han sido pasto de los diarios sensacionalistas. La Secretaría de Prensa ha tenido que dar un comunicado diciendo que "el Gobierno provisional no ve con agrado las noticias y comentarios publicados por algunos órganos periodísticos sobre la vida privada del ex presidente. Considera que la crítica no debe descender en su nivel y que, por el contrario, debe ser elevada y constructiva".

Pero los periódicos uruguayos, como todo el país vecino, han participado apasionadamente en los acontecimientos argentinos, y durante días y días han sido el altavoz del antiperonismo, a veces con una virulencia que estuvo lejos de sentir el pueblo porteño. Durante la revolución, el Gobierno del Uruguay tuvo que sancionar a Radio Cardel por esta actitud. El locutor gritaba nada menos que esto: "Atención, argentinos, atención. El tirano se escapa. No dejen escapar al tirano."

Aún ahora las noticias argentinas siguen ocupando páginas enteras de los diarios de Montevideo, y los nombramientos y medidas del Gobierno provisional se dan y se discuten como propios, así como los sensacionales descubrimientos de extraños "negociados" y ciertos aspectos muy íntimos de la vida del general Perón.

Corrientes, calle de ensueño. Una riada de automóviles pasa sin cesar. Los peatones tienen un aire pausado, tranquilo, de eternos turistas y curiosos por la avenida porteña por excelencia. Los bares americanos, como La Vasconga da, comienzan a recibir a los primeros clientes que van a cenar.

Córdoba, los jefes revolucionarios dieron la orden terminante de aplastar a este grupo minoritario. Un oficial de la Gendarmería penetró en el edificio y exigió la rendición en el plazo de cinco minutos. Los aliancistas arrojaron su cadáver por la ventana como respuesta.

El cañón instalado en la esquina de Corrientes, a cien metros escasos de la guarida, y los dos tanques Sherman comenzaron a vomitar fuego.

A los tres cuartos de hora el edificio ardía por los cuatro costados. Unos cincuenta aliancistas se rindieron, entre ellos Patrick William Kelly, su jefe, un compadrito elegante, de treinta y cuatro años. Los restantes, en número aproximado de 45[illegible] murieron entre las ruinas.

Esta fué la única experiencia bélica de Buenos Aires en los días de la revolución. Milagrosamente, otros muchos factores y circunstancias fortuitas impidieron que grupos sindicales armados hasta los dientes y militares partidarios de resistir hasta el final sembraran la muerte y el terror en la gran urbe.

PAZ, LIBERTAD Y LAS DECLARACIONES DE TEISAIRE

Hoy se ha levantado una valla en torno al antiguo local de Alianza. "Obra de construcción", dice. Tres policías se pasean pausadamente y, de vez en cuando, ruegan con suavidad que circulen a los grupitos que comentan los acontecimientos de estos días.

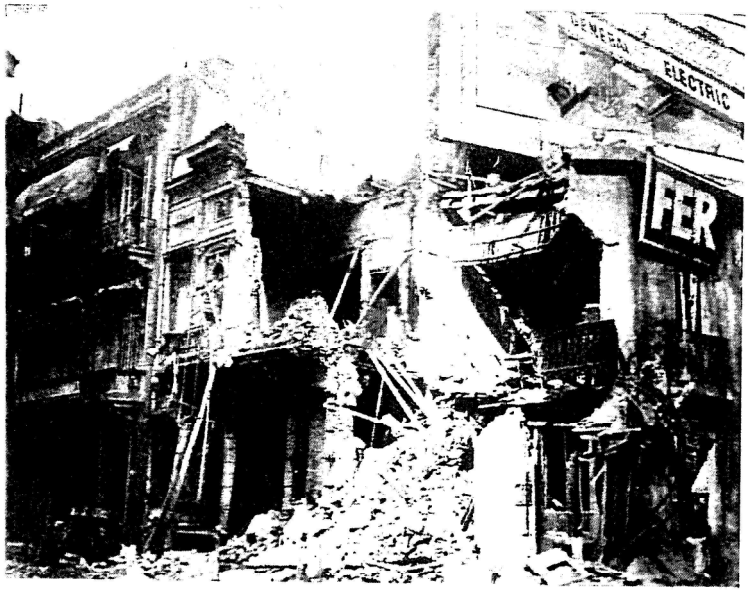
Esta es, quizá, la única muestra de vigilancia que recuerda que la ciudad ha vivido días excepcionales. El turista que llegue y dé una vuelta en coche por Buenos Aires no puede notar otra cosa que un clima perfecto de paz y libertad.

Una libertad absoluta, total, que ha sido acogida por los argentinos con el espíritu inglés de Hyde Park.

En la calle Florida, frente a un cine, se han formado varios grupos, donde un centenar de personas comentan las declaraciones del contraalmirante Teisaire, vicepresidente de la República con Perón.

El que constitucionalmente debía ser el sucesor de Perón ha hecho sus sensacionales declaraciones al Gobierno, y éste no ha querido lidores de Perón.

A la puerta del cine, los grupos discuten y comentan, sin levantar el tono de voz, sin insultarse unos a otros. Dos peronistas buscan explicaciones para desvirtuar la in-



Esquina peligrosa: La Helvética destruida. SEDE de A.L.N

Así QUEDÓ LA SEDE de la ALIANZA LIBERTADORA NACIONALISTA, calle

Enlaces: General Videla Balaguer, General Eduardo Lonardi, Alianza Libertadora Nacionalista, Guillermo Kelly, contralmirante Alberto Tesaire,